

EDITORIAL

¿El cuerpo y los sentidos fuera de la cultura o, la muerte de los seres humanos?

¿The body and the senses beyond culture or the death of human beings?

En editoriales pasadas se habían propuesto las tesis acerca de la razón sensible y de la necesidad del acercamiento de la ciencia al arte. En esta ocasión quisiera proponer a los lectores una reflexión acerca del desconocimiento que se lleva a cabo en la cultura occidental de las múltiples posibilidades del cuerpo como contexto complejo constituido por territorios, inmensamente fértiles para pensar la formación de los sujetos.

En primer lugar quisiera decir que de acuerdo con autores como Vergnaud, la mayoría de los aprendizajes realizados por los seres humanos son de carácter implícito, es decir, no son aprendizajes conceptualizados ni organizados en marcos teóricos definidos. Así que, de acuerdo con esta idea, los sujetos aprenden a caminar, a hablar, a moverse con equilibrio, a sonreír, a subir las escaleras, a tener posturas corporales definidas y comportamientos sociales determinados de forma implícita, o sea, por imitación y adaptación a su medio. Esta imitación y adaptación utiliza básicamente los sentidos y las percepciones del medio exterior, sin elaborar representaciones semióticas externas o conceptos para llevar a cabo dichos aprendizajes.

Por otra parte, Michelle Serres define al hombre contemporáneo como a un adicto, explicando como el término adicto proviene de la unión de dos palabras: *Ad*, que significa abrazar o adherirse, y *Dictum*, que significa texto. Es decir, Serres argumenta que los hombres occidentales son adictos por ser *ad dictums*, o sea, por darle solo prelación al texto y a la palabra como forma de construir y representar su realidad. Dicha prelación del texto deja de lado a los demás tipos de expresión como el movimiento, la pintura, la música, y excluye a los sentidos diferentes al oído y a la vista, es decir, al olfato, al tacto, al gusto y a la mismísima propiocepción, como coparticipes de la construcción de la realidad. De acuerdo con Serres el lenguaje, las palabras y lo escrito, actúan como narcótico, destierro, prisión, condena y sentencia de muerte del deseo, de la identidad, de la esperanza, de la existencia, de la experiencia, de la curiosidad, de los sentimientos, de la vida y del mundo mismo. Este autor sostiene que el verbo ocupa la carne y la anestesia, la insensibiliza haciéndonos ególatras, reduciendo la experiencia de lo dado a lo dicho, produciendo la muerte por envenenamiento de lenguas a los cinco sentidos, y al cuerpo, al reducir el saber al decir, y a la sapiencia humana el olfato agudo y el buen oído, (*Homo sapiens*: hombre que sabe degustar) a la locuacidad lingüística, embruteciéndolo en su ebriedad de palabras. Así, dicha anestesia, que cancela al cuerpo, hace que la sensorialidad sea rara para el ser humano actual, dejándolo con un yo conceptual sin sentido de proximidad hacia los otros y al mundo, con una vida insípida y llena de aburrimiento.

Para Serres las consecuencias de la adicción del ser humano son bastante graves. Este autor sostiene que la anestesia del lenguaje hace a los cuerpos inmersos en dicho lenguaje, extraños a sí mismos, y los desaparece. De esta forma, hace descender al hombre al infierno donde se entra sin cuerpo y sin olor (el paraíso es la exaltación de los sentidos, y el infierno su execración: Antonio de Padua). Para Serres una cultura que olvida el cuerpo y se entrega al lenguaje hace de sus hijos autómatas y de sus cuerpos tumbas que entierran lo sensible. Así mismo, este autor propone que esta cultura genera una clase dominante “ebria de códigos”, saciada y disertante sobre la vida de los demás, hambrientos, en un mundo sin gracia, sin la gratuidad de lo dado a los sentidos y manejado por la economía, que mantiene una organización social seducida por el lenguaje (sacada de su cauce natural) y por lo tanto, anoréxica y angustiada (sin gusto).

En esta misma línea de argumentación, Serres, en su libro *Los cinco sentidos*, propone renunciar al saber en su forma contemporánea, por ser este el culpable de desfigurar a hombres y cosas por igual, por fracasar en la formación de las nuevas generaciones, pero por sobre todo, por conducir a la fealdad y a la muerte, que es la imposibilidad de oír, ver y visitar, gustar, acariciar, oler, el mundo. Por esto, en esta cultura se hace necesario resucitar a cada instante, porque olvidamos la memoria de nuestros cuerpos, de nuestra lengua, de nuestro olfato, de nuestras manos, de nuestra piel, y por eso sufrimos el mal de la vida, porque hemos olvidado que la vivimos algún día. En apoyo a esta misma idea Breton, en su libro *Antropología de los sentidos*, describe a un enfermo como aquella persona que ha perdido el *hozho* o camino de la armonía, el orden y la belleza, es decir, la paz interior, su equilibrio y su lugar en el universo, o sea, que se ha desorientado y por ello debe recuperar el gusto por la vida y el mundo, gusto que sólo proviene de los sentidos mismos. Así, para Breton la desaparición de los sentidos en la sociedad contemporánea genera una sociedad enferma, desequilibrada y desorientada. El mismo autor, haciendo referencia al olfato, relata cómo en algunas culturas al enfermo se le cataloga como alguien que ha perdido su olor personal, que para curarse debe recuperar el movimiento de este olor en relación con el olor del mundo.

En esta misma línea, algunos autores afirman que a pesar de que los hombres somos multi-sensoriales, la mayoría de las veces sólo usamos las palabras y el oído para comunicarnos entre nosotros. Es decir, que hemos reprimido la mayoría de los sentidos en favor del oído. Aunque esto es cierto, la mayoría de nuestra comunicación es no verbal y es esta la que llena de significado a las palabras que proferimos, como lo afirma Flora Davis. Por otra lado, en comunión con esta idea, se sabe que la mayoría de las filosofías hablan de la visión o la escucha, pero pocas del tacto o del olfato, y que están fundadas en la abstracción más que en los sentidos. La abstracción por su parte, fracciona al cuerpo realzando la vista y el oído y menospreciando el gusto, el olfato y el tacto. Abstraer abandona el cuerpo y lo desmenuza cortándolo en trozos al analizarlo, al desligarlo, al desvincularlo deshaciendo sus nudos, destruyéndolo por temor y horror a los sentidos, cerrándolo y cegándolo a estos.

Desde otro ángulo es posible afirmar que el conocimiento hasta hoy ha sido impartido como un dogma religioso, ya que para ello se ha utilizado como medio preferencial de comunicación el canal auditivo, que es el canal comunicativo del dogma: los Dioses hablan y los humanos escuchan. Así, los mortales tienen prohibido probar degustar, tocar, oler, percibir o sentir, sólo deben obedecer lo dicho por el Dios correspondiente. De esta forma, la educación hoy en día, ya sea que se trate de educación científica experimental o científica social, no usa los canales científicos de la experiencia, sino el único canal auditivo del dogma, lo que limita al discurso científico y lo convierte en una creencia para los sujetos, desarticulándolos de su contexto y desincorporándolos de su existencia. De acuerdo con esta propuesta, Serres afirma que no es posible pensar sin que el cuerpo acceda a la belleza de la vida, sin que el cuerpo se estremezca.

Breton, por otra parte, afirma que cada sociedad tiene su organización sensorial que establece un campo de posibilidades de lo visible, lo invisible, lo táctil, lo no táctil, lo olfativo, lo inodoro, el sabor y lo insípido. Así, que los sentidos son parte de la construcción cultural. Si esto es cierto, la negación de los

sentidos haría que el sujeto se convierta en un desarraigado de su propia cultura, lo convertiría en autómatas y haría que viviera su vida alienado de sí mismo y de su sociedad.

Veamos un poco las ideas de Michelle Serres y de André Breton sobre cómo el cuerpo y cada uno de sus sentidos básicos conforman la naturaleza del ser humano y son absolutamente necesarios para que este pueda ocupar un lugar en el mundo y vivir en él. De acuerdo con estos autores, en primer lugar, el cuerpo mismo establece quién es el yo del sujeto, su límite, el espacio que ocupa y en el que moviliza, evaluando y regulando constantemente, generando sucesivos equilibrios, dándole lugar al alma a través de lo que siente: comodidad, placer, dolor, malestar, saciedad, tensión, descanso, ruido; imagen corporal, como sentido interno propioceptivo que se autoescucha.

En cuanto al sentido de la vista se sabe que abrir los ojos es nacer a la luz del mundo, y que ser perspicaces (*Perspicuus*) es poder hacerse a este mundo sin obstáculos usando la mirada. La mirada es atenta, inagotable, aparente, contemplativa (*speculari*), que acaricia y toca, que atrapa, que evalúa, que es verídica (*videré*, del indoeuropeo *veda se*), que se aparta de la teoría desconectada de lo sensible por ser una experiencia emocional, comprometida, y activa, una forma de pensamiento sobre el mundo. La visión hoy reemplaza a la escucha para acceder al texto y elimina la contemplación de la palabra. La visión también hace que la imagen reemplace la realidad y genere una cultura de los simulacros. Así mismo es la que dispone la organización de las ciudades y las cosas. ¿Entonces por qué reducir la apreciación visual a las palabras y a las ecuaciones?

Sobre el sentido de la escucha, hoy no es posible negar que el sonido se encuentra en el origen de la mayoría de las cosmogonías, “y en el principio era la palabra” (Libro del Génesis). El sonido o canto surgido del vacío hace vibrar a la nada y de ella “emana” como un árbol el mundo y sus dioses, tal vez porque el sonido rompe el espacio- tiempo y crea uno nuevo, un nuevo universo. Por eso el sonido y la palabra, más que portar un significado, son una proyección que tiene el poder de transformación de lo real, porque va al corazón de las personas y de los hechos, cambiando las relaciones, las intenciones y los conocimientos de los sujetos. Así, proferir es convocar un universo. El saber esto y el aceptarlo, obliga a pensar en las palabras como vibraciones vivas más que como significados encriptados en discursos muertos y esclerotizados por la academia tradicional.

El tacto está denigrado hoy por el modelo visual y racional de occidente que implica distancia, alejamiento, arbitrariedad, reducción y a veces espejismo. Esto sucede aunque sepamos que el tacto es esencial para experimentar la solidez y la naturaleza tangible de las cosas posibilitando así el movimiento, el goce del mundo y de la vida misma, la felicidad de acariciar al mundo. Pues toda percepción es un contacto que trae volúmenes, texturas, contornos, pesos y temperaturas. El tacto configura la historia personal, historia en profundidad de piel encarnada, memoria viva de recuerdos reales, de presencia en el mundo, de abundancias, carencias, cierres, intercambios, aperturas, encuentros y ausencias, esperanzas, de nuestra relación con él y de la calidad de la misma, que como inteligencia sensible posibilita sentir que se existe. El contacto real pone el alma en la piel y toma para sí el mundo, de forma afectiva y temporal, llenándonos de sentido y de color, por eso, como expresa Serres, “lo más profundo que hay en el hombre es la piel”, frontera y puente con el mundo y... “perder el tacto de los otros a veces significa perder el mundo, la conciencia de su existencia”. Desde estos postulados ya no es posible formar a los sujetos sin que toquen el mundo, usando un tablero frío, con sus cuerpos inmóviles, ajustados en una silla atornillada al suelo.

Del olor se sabe que es un sentido negado por el hombre moderno, pero es usando el olor que el hombre establece una relación estésica de carácter inconsciente con el mundo. Dicha relación estésica guía, orienta, y a veces cura al mismo hombre. Además, el olor es interioridad emanada, halo, verdad íntima e indisimulable, firma olfativa y metáfora del sí y del otro, afianzamiento y actualización, que va más allá de la voluntad pero que está matizado con la historia personal como una huella viva de emoción, que es al mismo tiempo evocación e imaginación, distanciamiento y fusión. Por otra parte, el olor sirve para dis-

criminar e identificar atmósferas, dimensiones morales, tonos o climas afectivos y ambientes, dándole al sujeto información para quedarse o irse de un contexto, establecer o no un tipo determinado de relación, aceptar o no la alteridad. La conciencia de nuestra riqueza olfativa y de sus posibilidades festivas, evolutivas y adaptativas, debe generar un cambio en las prácticas educativas adictas al texto para proponer en ellas la educación de este sentido fundamental para la supervivencia y para la felicidad humana.

Por último, saborear, usar la boca como frontera entre el cuerpo y el mundo, conjuga las modalidades sensoriales: gustativa, táctil, olfativa, propioceptiva, térmica, en una multisensorialidad, ofreciéndonos la pulsación, la belleza y los valores asociados a cada alimento. Saborear es incorporar al cuerpo parte del mundo, transformándonos, es juzgar la calidad de la existencia, la sensualidad habitual, el tono de mi relación con el mundo, el placer de vivir que puedo sentir, el gusto de vivir, de amar, de experimentar, es construir la propia identidad. Estas ideas hacen posible pensar en cambiar nuestras prácticas educativas conceptuales fundadas en el signo, por otras que generen en el sujeto la posibilidad de saborear el mundo y de sentir el gusto por el mismo.

Finalmente, estos dos autores proponen tres ideas interesantes: La primera idea es acerca de la concepción misma de lo que llamamos realidad, la segunda idea versa sobre cómo acercarse al conocimiento de dicha realidad. La tercera idea es una propuesta acerca del sentido y el significado mismo de la vida. Así, en primer lugar, para estos autores la realidad no estaría conformada de cosas concretas y separadas entre sí, sino de elementos no sólidos, fluidos, entretejidos, como mezcla pensable o intuitiva, que podría tener miles de disposiciones y de combinaciones, asemejándose a una especie de turbulencia que se ordenaría en un intercambiador, en el que se tejería como a una manta dicha realidad. Esto haría improbable creer en la idea de los absolutos abstractos y de las desconexiones analíticas propuestas por la educación tradicional.

En segundo lugar, estos autores proponen un nuevo empirismo en el cual la construcción de la realidad se haría a través de lo dado, para posibilitar así la formación de poetas, adultos felices y sabios, porque la sabiduría procede del cuerpo y la gracia entra al ser por él. Este nuevo empirismo evitaría que nuestros adultos fuesen, como son habitualmente, ciegos, sordos, mudos, anósmicos o aguesicos por no saber ver, oír, hablar, oler o gustar. Haría que nuestros adultos estuviesen vivos y no muertos, ya que vivirían en la fiesta de los sentidos, en el banquete del mundo, y serían capaces de tocar y acariciar, ya que no requerirían más de las drogas del lenguaje o de las que sintetiza la Química. Este empirismo sería una actitud ética y moral, despojada del interés económico mezquino, al ofrecer al hombre el mundo de manera gratuita sin requerir de él intercambio alguno, proponiéndole acoger lo dado sensorial en el mundo, sus dones de hablar, gustar, oler, tocar, de sentir el sol, de saborear en cada cosa un pedacito de existencia, de sentirse vivos al deleitarse con los milagros cotidianos de la vida misma, haciendo una nueva alianza entre aquello que no cuesta nada y lo sensible, formulando así una economía llena de abundancia y de gracia.

Para finalizar, en tercer lugar, estos autores proclaman que el sentido y el prodigio de la vida misma se encuentra en el instante, en lo que es próximo, en lo que me hace sentir y siento, que brilla o se enardece en el placer que soy capaz de disfrutar en un momento, momento en el cual el tiempo no existe porque se desvanece de forma infinitesimal como una diferencial, se hace fugitivo, se hace sensorial. Así cada día se nace de nuevo, se goza de forma distinta, se vive de manera sabia, abandonando la memoria y agasajando el instante, entendiendo que el presente es un regalo vivo, gratuito, y oportuno, que es la oportunidad infinita para renacer, para resucitar.



José Joaquín García García
Director / Editor